**LA PASCUALA**

Hacía varias generaciones que se odiaban, pero nadie recordaba por qué; tal vez algún problema de lindes, inocentes hurtos o amores despechados, pero las familias de los Moscas y los Pelaos evitaban todo contacto. Desde niños recibían siempre la misma advertencia: No se te ocurra acercarte a éstos o a aquéllos, porque son muy mala gente. Lo cierto era que, tanto unos como otros, en su trato con el resto de vecinos, resultaban ser buenas gentes, afables y amigos de hacer favores, pero cuando se les nombraba a sus enemigos, una nube negra se ponía ante sus ojos y eran incapaces de razonar.

A sus dieciocho años, la Pascuala era la moza más guapa del pueblo, a mucha distancia de las demás. Los años de escasez, más frecuentes que los de abundancia, y la endogamia, por el obligado aislamiento, les pasaban factura a aquellas gentes, en forma de escasa estatura, rostros nada agraciados y escaso desarrollo intelectual. Todos los mozos se la disputaban, haciéndose los encontradizos cuando iba a la fuente al atardecer, pero se solían encontrar con la indiferencia o algún descarado sarcasmo cuando eran demasiado insistentes, haciéndoles desistir de tan codiciada presa. El día que apareció Lucio todo fue diferente; era éste un joven robusto, de grandes manos y anchas espaldas, bien consolidadas por el arado y la azada, que contrastaban con la dulzura de su trato y una más que despierta inteligencia. A la Pascuala le entró por el ojo derecho y ya no tuvo ojos para ningún otro; tenía tierras, era trabajador y todas las posibilidades de hacerla feliz. Se veían a diario en la fuente y charlaban un rato, disfrutando de la mutua compañía, hasta que oscurecía o sonaban ocho campanadas en el reloj de la iglesia. Todo parecía ir bien, hasta que un día apareció Ciriaco un poco antes que Lucio.

—Buenas tardes, hermosa; qué sola te veo.

—Por poco tiempo.

—Ya sé que te ves con Lucio, aunque no entiendo por qué.

—Y a ti ¿qué te importa?

—Mujer, yo tengo más tierras que él y vivirías mejor conmigo que con ese.

—Yo me veo con quien me da la gana. Ahora vete, porque como te vea hablar conmigo igual se lía a darte mamporros.

—¿A mí? Todavía no ha nacido quien me ponga las manos encima y menos un piojoso de Mosca.

—Mira, Ciriaco, tengamos la fiesta en paz; búscate otra moza, que hay muchas deseando casarse y tú no me gustas. Anda, vete, que no tardará en llegar Lucio y si estáis muy cerca puede pasar cualquier cosa.

La más elemental prudencia hizo que Ciriaco se retirara rezongando, pero sin renunciar a su objetivo. Tiempo habrá, pensaba; la tengo que conseguir como sea.

Al domingo siguiente hubo baile en la plaza; la cosecha había sido buena y entre todos los mozos, reunieron lo suficiente para poder pagar una modesta orquesta de aficionados que vivían en el pueblo de al lado y que de esa forma se sacaban algunas perrillas para sus gastos. La plaza estaba a rebosar, porque algunos mozos de los alrededores habían venido a buscar novia; ya se sabe que las chicas más guapas son las del pueblo de al lado. Algún que otro pequeño rifirrafe con más ruido que otra cosa, se producía cuando dos pretendían a la misma moza, sobre todo, si uno de ellos era forastero. Ciriaco había acudido muy pronto a fin de ganarle la mano a Lucio y llevarse a la Pascuala; aquella mujer lo llevaba a maltraer; soñaba con ella, y mientras segaba, urdía planes disparatados para poder hacerla suya, pero algo le decía que aquello iba a ser tarea muy ardua o tal vez imposible. Llegado a este punto, dejó de pensar de forma racional, empezando a brotar el odio ancestral y primario que se profesaban sus familias; la conseguiría a cualquier precio, aunque le fuera la vida en ello. Cuando la vio aparecer por una esquina de la plaza, se apresuró para hacerse el encontradizo, pero ella le frenó en seco.

—Ya te dije el otro día que no me pretendieras, porque ya estoy comprometida con Lucio y no quiero saber de ninguno más, así que vete y búscate otra, que tienes la plaza llena.

Ciriaco se quedó pálido de rabia; no se esperaba una respuesta tan tajante ni mucho menos, definitiva. Ella se dio la vuelta y se dirigió al otro extremo de la plaza por donde debía llegar Lucio, que acababa de convertirse en su mortal enemigo. Cuando le vio dirigirse hacia ella sonriente y tomarla de la mano para empezar a bailar, echó mano a la navaja que llevaba en la faja, pero una especie de garra le cogió de la muñeca impidiéndole todo movimiento; su hermano Astenio, con algo más de cabeza que él, le dijo:

—¿Es que te has vuelto loco? ¿Sabes la que se puede organizar? Llevamos muchos años sin que haya habido incidentes en nuestras familias, que bastantes muertos hubo en tiempos del abuelo, para que vengas tú y empieces una guerra otra vez por una moza. Mira en la plaza; igual hay cien para elegir y no te hará ascos ninguna; somos una casa fuerte y nunca hemos pasado hambre por muy mal que hayan ido las cosas. Vete a casa, mete la cabeza dentro de la pila para que se te pase la mala sangre y olvídate de la Pascuala, que ya tiene dueño.

Ciriaco siempre seguía los consejos de su hermano mayor; lo sabía más listo que él y se dejaba llevar, porque lo respetaba, pero la moza le había calado muy hondo y le iba a costar olvidarla. Resignado, bajó la cabeza y volvió a su casa, donde se quitó la ropa, sumergiéndose en las frías aguas de la balsa de riego, que tenían en la parte de atrás. Cuando salió tiritando ya se le había despejado algo la cabeza, empezando a pensar con más tranquilidad en la tarea del día siguiente.

La relación de Pascuala con Lucio se consolidó definitivamente cuando éste se decidió a hablar con el padre de ella pidiéndole permiso para cortejarla formalmente. Le costó Dios y ayuda subir a su casa, tanto, que fue Pascuala la que lo arrastró de la mano. Temblándole las piernas, subió hasta la sala donde lo estaban esperando sus futuros suegros, que ya estaban sobre aviso. Le ofrecieron café y unas pastas muy afamadas que hacía la señora Damiana y cuyo secreto sólo se lo había transmitido a su hija. Después de alabarlas, tomarse la copa de coñac de un trago y hacer de tripas corazón, Lucio se dispuso a hablar.

—Verá, señor Esteban, yo quería pedirle permiso para festejar con su hija.

En aquel momento, un torrente de recuerdos del momento tan angustioso que pasó cuando se vio obligado a pasar por un trance similar, vinieron a la mente de Esteban, mientras sonreía. Conocía bien a Lucio, hijo de su mejor amigo y compañero de armas, cuando estuvieron en África combatiendo a los moros, siempre juntos y protegiéndose en los numerosos combates, cuerpo a cuerpo, con tanto éxito, que volvieron ilesos a casa; sería un buen marido para su única hija.

—¿Y tú qué dices, Pascuala?

—Pues, qué voy a decir, padre, ya se lo dije ayer.

—Sea; tienes mi permiso —dijo mientras llenaba de nuevo las copas—. Ahora brindemos por vuestra felicidad; tú también, mujer. A ti, hija, media copica de anís, que aún eres muy joven.

Entrechocaron las copas y se pusieron a hablar de forma más distendida sobre asuntos cotidianos: la cosecha, el agua, el precio del trigo y los huertos, hasta que una hora más tarde languideció la conversación y Pascuala indicó la conveniencia de terminar el acto social para acudir al baile.

Un año más tarde, el flamante matrimonio salía de la iglesia entre el júbilo de prácticamente todo el pueblo, que había acudido a la ceremonia y se disponían a degustar un desayuno extraordinario en un almacén, que habilitaban como modesto salón de banquetes, adornándolo con banderitas y farolillos de papel, pero había alguien a quien todavía se lo llevaban los demonios cuando recordaba las calabazas que le dio ella. Desde una ventana del granero con los postigos casi cerrados, Ciriaco observaba con rabia su fracaso sentimental, acrecentándose de forma creciente su ansia de venganza.

La pareja había decidido tomarse unos días de asueto, ahora que había poco trabajo, retirándose a la masía familiar de ella, donde su madre les había preparado un dormitorio bastante arregladito y provisiones suficientes para una semana, sin contar con lo que quedaba de un minúsculo huerto que cultivaban mientras cosechaban, gracias al agua de un pozo que daba un agua muy pura y fresquísima. El tiempo que pasaron holgazaneando, disfrutando de su estrenada intimidad y los baños que se daban en unas pozas del arroyo cercano, se les hizo muy corto, hasta que el sentido del deber les hizo colocar en el carro todos sus bártulos, preparar la masía para la invernada y volver al pueblo para empezar la dura vida cotidiana del campo. Se instalaron en la casa que fue de una tía de Lucio, fallecida hacía poco, dejándole todo lo que tenía, al ser su sobrino favorito. Poco tuvieron que comprar, puesto que la casa estaba a rebosar de muebles, ropas y todo lo necesario para una familia más que numerosa. Algo de trabajo les dio, puesto que decidieron blanquearla en su totalidad, tiraron todos los trastos inútiles o anticuados, así como la ropa que se encontraba muy usada, llamaron al colchonero para que vareara la lana e hiciera todos los colchones, guardaron lo de la tía y sacaron el ajuar de ella para usar lo que con tanta ilusión había bordado. En el corral, arreglaron las cochiqueras, el gallinero y las conejeras, para poner animales, que les darían carne fresca todo el año, pero la inversión más importante fue una bomba de palanca que colocaron en el pozo para sacar agua sin necesidad de pozal y un retrete de tabla con agujero y tapa, que daba encima de un rincón del corral, para poder hacer las necesidades sin necesidad de bajar con los animales. El padre de Lucio les dio dos machos, para que tiraran de los dos carros que había en la casa y de varios arados que esperaban desde hacía años unas manos que les sacaran brillo en los surcos.

La vida iba transcurriendo con normalidad; Pascuala se quedó preñada enseguida, dando a luz una hermosa niña a la que llamaron Constantina, para honrar la memoria del abuelo más querido de Lucio. Al ser hijo único, todas las tierras serían para él, así que seguía trabajando en los campos que le había asignado su padre para que los cultivara en exclusiva; la viña estaba a su cargo, pero se partían el vino y tuvo que poner en cultivo un huerto que estaba abandonado desde hacía muchos años, al no serles necesario, aunque el principal motivo era que lindaba con otro de los Pelaos y no querían ningún tipo de conflictos. El día que llegó con el macho para labrarlo, se encontró en el huerto de al lado con Astenio, que lo miró de reojo y no dijo nada, mientras seguía cavando. Desde que iban a la escuela y se sentaban en el mismo pupitre, habían tenido una relación, no demasiado estrecha, pero sin tensiones. Más tarde, cuando crecieron, el temor a la familia los hizo distanciarse, pero nunca habían tenido ningún roce.

—Buenos días Astenio.

Éste, miro a su alrededor para comprobar que no los viera nadie y dijo:

—Buenos días ¿Vas a labrar?

—De eso quería hablar contigo, ahora que no nos ve nadie —dijo sonriendo.

—Pues tú dirás.

—Antes de trazar el primer surco quiero que nos pongamos de acuerdo sobre las lindes, para que no tengamos ningún conflicto, porque llevamos muchos años en paz.

—Está bien; como quieras.

No tardaron mucho en trazar una línea recta con la ayuda de una cuerda que había traído Lucio y unas estacas que clavaron profundamente. No era difícil, puesto que a ninguna de las dos familias se les había ocurrido cambiar los linderos por temor a desatar un drama por una nimiedad. Dejarían dos palmos a cada lado y así evitarían cualquier roce. Ambos volvieron a mirar, comprobando que no los había visto nadie, se dieron la mano y cada cual siguió con su trabajo sin hacer caso de otro. Los numerosos huertos, que estaban pegados unos a otros, se encontraban recostados a una colina por la que serpenteaba una pequeña acequia de la que tomaban el agua que necesitaban según un orden rigurosamente establecido. Algunos se habían construido una balsa para no tener que estar regando apresuradamente en horas intempestivas; este era el caso del huerto de los Moscas, aunque los muchos años de abandono la habían dejado en un estado bastante lamentable. Al examinarla Lucio el primer día, vio que sería incapaz de reparar las numerosas grietas y desconchados que presentaba; tendría que recurrir al albañil del pueblo. Mientras tanto, regaría cuando le tocara aunque le supusiera una mayor incomodidad. Tuvo que esperar bastante tiempo para usarla, porque el mortero de cal tardaba mucho en endurecerse. Como era invierno, plantó varios frutales y las hortalizas de la temporada, que pronto empezaron a brotar alegremente, augurando una buena cosecha, si había suerte y alguna pedregada no acababa con lo que los pájaros y demás insectos dejaran.

Aquella mañana había salido fría, muy fría, pero había que ir a labrar; la tierra estaba húmeda y la reja del arado se clavaba con facilidad en la tierra, dirigida, no sin esfuerzo, por las fuertes manos de Lucio. Sólo paró media hora para echar un bocado que le había preparado Pascuala y varios tragos largos del recio vino de la bota; antes de que oscureciera quería pasar por el huerto para recoger unas patatas y algo de verdura que le había pedido ella. Dejó el arado en el campo para proseguir el día siguiente, enganchó a los cansados animales al carro, se montó en el varal para descansar un poco y cantando jotas con su excelente voz de barítono, se dirigió hacia el huerto. Algo más de media hora le costó llegar; no quería perder tiempo porque estaba cansado y hambriento, así que en un momento, llenó media talega de patatas y un cesto con verdura. Cuando se disponía a emprender el camino de casa, el sol ya se había puesto y cada vez se veía menos; sentado en el varal, iba a arrear a los machos, cuando se oyó una voz con un tono que no presagiaba nada bueno.

—Alto ahí.

Lucio miró en la dirección que venía la voz y vio a alguien desconocido que se le acercaba. No sintió ningún temor, pero asió fuertemente la vara con la que animaba a las caballerías, siempre sin maltratarlas.

—¿Qué quieres? —dijo, empezando a distinguir los familiares rasgos de Ciriaco.

—Hablar.

—Pues habla.

—Has cambiado los linderos y te has metido en nuestro huerto.

—Mira, Ciriaco, tengamos la fiesta en paz; habla con tu hermano, que hace unos meses pusimos unas estacas en la linde y nadie las ha tocado. No tengo ganas de broncas y llevo todo el día labrando, tengo hambre y ganas de acostarme, así que déjame tranquilo, que no quiero problemas; vete a casa y coméntaselo a Astenio; si crees que ha habido algún conflicto, lo resolveremos a las buenas. Ahora me voy; adiós.

—Tú no te vas —dijo Ciriaco agarrando a los machos del ronzal.

—¿Y qué quieres que hagamos? Ahora no se ve nada, no son horas; tranquilízate un poco, hombre. Mañana será otro día y podemos quedar más pronto con tu hermano y hablar lo que sea menester.

—Tú lo que pasa es que no eres hombre, un cobarde, sin sangre en las venas.

—Pero, Ciriaco, si soy el doble que tú ¿por qué tienes ganas de bronca? Nunca me he peleado con nadie porque les hubiera ganado a todos ¿Se puede saber qué te pasa?

—Un ladrón de mujeres es lo que eres; me robaste a la Pascuala.

—Pues es la primera noticia que tengo; no tenía la menor idea que hubieras ido detrás de ella. En cualquier caso, estoy casado con ella y tengo una hija, así que te ruego un poco de respeto —dijo Lucio, empezando a enfadarse.

En aquel momento, algo brilló en la mano de Ciriaco y se precipitó hacia Lucio, que no se esperaba el ataque; esquivó como pudo la embestida ciega de aquel energúmeno, pero no pudo evitar que la navaja se clavara en su costado izquierdo. La gruesa ropa que llevaba, evitó que la herida fuera mortal, pero sintió la mordedura del acero que terminó de parar una costilla, de forma muy dolorosa. Para cuando la mano de Ciriaco se levantaba para propinarle un segundo navajazo, la vara que llevaba Lucio ya se había estrellado violentamente contra la mano agresora, que soltó la navaja al notar el crujido de algún hueso roto; ahora no podía quedarse quieto; debía darle una lección que no olvidara. Bajó del carro comprimiéndose la herida con una mano y empezó a golpearle con la vara salvajemente, hasta que se partió. Ciriaco yacía en el suelo quejándose amargamente y tapándose la cabeza con las manos. Lucio dejó de pensar en aquel mentecato y se empezó a preocupar de su herida, que estaba manchando su ropa de sangre ostensiblemente. Se montó en el carro y arreó a los machos para que llegaran lo antes posible a casa.

Pascuala se encontraba junto al fuego remendando calcetines, con la cena preparada y la mesa puesta, cuando le invadió un desasosiego; algo le había pasado a Lucio. Sin pensarlo más, salió a la calle, mirando hacia el lado por donde volvía todos los días y se tranquilizó al ver el carro que se dirigía hacia casa, pero no se le veía a él; vendrá detrás, pensó, pero algo le decía que debía ir a su encuentro. Corrió calle arriba hasta que llegó al carro; su querido Lucio estaba recostado agarrando con una mano las riendas y con la otra sujetándose a un lateral.

—Lucio, Lucio ¿Qué te pasa?

—El Ciriaco, que me ha dado un navajazo, pero no debe ser grave. Vamos a casa y llama a tu madre, que sabe de heridas.

Pascuala cogió las riendas del carro y obligó a las caballerías a avivar el paso, hasta que llegaron a la puerta de casa, donde esperaban varios vecinos que habían oído los gritos angustiados de ella. Entre cuatro hombres lo llevaron hasta la mesa de la cocina, donde le quitaron la ropa y descubrieron la herida, que no dejaba de sangrar. Con unos trapos presionaron en medio de grandes gestos de dolor, mientras una de las mujeres iba a buscar a la Damiana, que era a quien todos recurrían cuando había que arreglar huesos rotos o coser heridas. Cuando llegó acompañada de Esteban, su marido, todos salieron de la habitación. Instantes más tarde llegaron los padres de Lucio que con grandes aspavientos se lamentaban, mientras maldecían a los Pelaos, jurando venganza. Damiana examinó la herida, comprobando que no había afectado, aparentemente, a ningún órgano vital, la desinfectó con aguardiente y con trapos limpios estuvo comprimiéndola hasta que casi dejó de sangrar; como era más larga que profunda, decidió coserla en medio de los quejidos del herido, que pese a morder una cuchara de palo tuvo que soportar el tormento de los pinchazos en una zona muy sensibilizada por el corte. Para protegerla, le aplicó un emplasto de hierbas, que siempre le daba buen resultado, lo vendó y ordenó que guardara cama un par de días. Cuando Lucio había terminado con el sufrimiento, indicó a Pascuala que se acercara, diciéndole al oído lo que había ocurrido y cómo había respondido, apaleando a Ciriaco. Le dijo, que en secreto, se fuera a hablar con Astenio para explicarle lo que había ocurrido y que fuera a buscar a su hermano, diciéndole que estaban en paz y que no querían venganzas. Mientras su madre y su suegra lo terminaban de lavar y acostar, subiéndole una taza de caldo, Pascuala se escabulló entre el pequeño tumulto que se había organizado, acercándose hasta la casa de los Pelaos. Le salió a abrir la mujer de Astenio, que con no muy buena cara le dijo:

—¿Qué quieres?

—Hablar con tu marido; ha ocurrido una desgracia.

La mujer desapareció en el interior de la casa y a poco se oyeron voces; Astenio y su padre bajaban precipitadamente las escaleras con las caras desencajadas.

—¿Qué ha ocurrido Pascuala? —dijo Astenio.

—Tu hermano le ha dado un navajazo a Lucio; ha perdido mucha sangre, pero se recuperará, según dice mi madre. Tienes que ir a buscar a Ciriaco al huerto, porque mi marido le ha debido atizar de lo lindo.

—¡Qué Dios nos asista! ¡Otra vez no, por favor! —dijo la madre de Astenio, que acababa de bajar.

—Me ha dicho Lucio, que están en paz y que no más venganzas; por él, no ha pasado nada.

—Pero ¿su padre y el resto de la familia?

—Eso no lo sé, pero nosotros no queremos guerras. Me voy; ya hablaremos ¿Queréis que venga mi madre para que vea a Ciriaco?

—No sé… No me atrevo —dijo su madre— pero si viene malherido…

—Mi familia no tiene pleitos con nadie y mi madre cura a todo el que se lo pide.

—Por favor te lo pido —respondió Astenio, mientras salía con el carro, que había aparejado apresuradamente con una malhumorada mula, que se negaba a salir en su tiempo de descanso.

Pascuala volvió a su casa, dio las gracias a sus vecinos, despidiéndolos, consoló a su marido y le informó sobre los resultados del recado que le había dado. La infusión preparada por su suegra, hizo su efecto y a los pocos minutos, Lucio estaba profundamente dormido.

—Madre, tiene que ir a casa de los Pelaos, que traerán a Ciriaco, en no muy buenas condiciones, porque Lucio le ha debido dar a base de bien.

—Claro que sí, hija mía; ahora mismo voy, pero dame un bocado de lo que tengas, que he salido de casa sin cenar y ya sabes que no se me va el apetito, pase lo que pase.

Las dos mujeres tenían las caras largas de preocupación; conocían las terribles venganzas del pasado y temían que volvieran a repetirse. Pascuala puso a su madre un plato del potaje que tenía en el fuego y miró en silencio cómo lo engullía; ella era incapaz de comer nada en aquel momento; todo su pensamiento estaba puesto en su marido y la suerte que había tenido, porque a estas horas, muy fácilmente podía haber sido viuda.

Aparentemente, todo parecía tranquilo cuando habían transcurrido dos semanas; tanto Lucio como Ciriaco, se habían recuperado y ya estaban trabajando, pero Astenio había prohibido a su hermano acercarse al huerto para evitar incidentes.

Un mes más tarde, mientras estaban inclinados en los surcos del huerto, quitando malas hierbas, Lucio le dijo a Astenio:

—Tenemos que acabar con este sin sentido de una vez; nadie se acuerda por qué estamos peleados y no hay ninguna razón para que ocurra otra desgracia.

Astenio dejó la azada a un lado, se incorporó lentamente, mientras se enjugaba el sudor con un pañuelo de hierbas, miró a Lucio, se acercó a él, abrió los brazos y le dio un abrazo, mientras le decía:

—Perdona a mi hermano; debió de volverse loco, perdón, perdón.

—No hay nada que perdonar, que yo ya lo he olvidado; te mandé recado con la Pascuala.

Cuando se separaron, Lucio notó el rostro húmedo por las lágrimas de Astenio; había sido sincero. Ahora sólo quedaba convencer a las familias y hacer un acto público de reconciliación. A ello se dedicaron durante una semana en la que se reunieron las familias por separado, hablando, discutiendo, gritando, clamando venganza unos y suplicando la paz otros. Al final, con muchos recelos y a regañadientes, acordaron reunirse ambas familias en la plaza el domingo, después de misa. Sacarían mesas y sillas del bar, y tomando un aperitivo generoso todos juntos para celebrar el final de aquella tragedia que pesaba sobre ellos desde hacía varias generaciones.

El alcalde de aquel pueblo era un buen hombre, que intentaba administrar los escasos recursos del municipio con justeza, aunque su principal cometido fuera el hacer de árbitro en las pequeñas disputas que siempre terminaban con un apretón de manos. En esta ocasión, ambas familias optaron porque él hiciera de mediador en la pequeña ceremonia que iba a dar fin a aquel desatino. El frío mañanero del invierno, se iba suavizando cuando salió el sol, tras varias semanas de lluvias y nublados. En misa de doce, con todo el pueblo congregado en aquella enorme iglesia, se respiraba un ambiente de expectación; hombres y mujeres, cuidadosamente separados a uno y otro lado del pasillo central, cuchicheaban comentando el suceso que iban a presenciar a la salida. El sermón, tan largo y tedioso habitualmente, se había transformado en una larga reflexión sobre la reconciliación y el perdón, más acorde con la situación que se estaba viviendo, que lo prescrito por el tiempo litúrgico, lo que hizo suscitar el interés de los feligreses, provocando un tenso silencio. Cuando terminó la ceremonia, nadie se movió de su sitio; sólo los componentes de las dos familias salieron, cada una por una puerta distinta, como hacían habitualmente, dirigiéndose a la terraza del bar, donde habían colocado varias mesas juntas para que se colocaran unos enfrente de otros. El alcalde se sentó en la cabecera, mientras todo el pueblo rodeaba en silencio a los actores de la solemne ceremonia, sacó un papel de la faja y se dispuso a soltar un discurso, trabajosamente escrito durante una semana. Todos escuchaban aquellas sencillas palabras escritas con el corazón, felicitándoles por su cordura y la búsqueda de la paz. De repente, se oyó un grito cargado de odio y una voz que decía:

—No hay perdón para los Moscas.

Ciriaco se subió a la mesa de un salto, y sin que nadie pudiera impedírselo, se abalanzó sobre Lucio asestándole un navajazo en el corazón. Hombres y mujeres empuñaron navajas y cuchillos convirtiendo la plaza en un mar de sangre mientras los vecinos huían aterrorizados. Sólo los niños podrían seguir con la venganza cuando crecieran.